

San José, Costa Rica

30 Marzo de 1911

RENOVACIÓN

Año I

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Núm. 6

La columna de Vendome

«Considerando que la columna imperial es un monumento de barbarie, un símbolo de fuerza bruta y de falsa gloria, una afirmación del militarismo, una negación del derecho internacional, un insulto permanente de los vencedores á los vencidos y un atentado continuo á la fraternidad, uno de los tres grandes principios de la Revolución francesa, la columna será derribada».

(Decreto de la *Commune*).

Si la *Commune* de París no tuviese otros títulos á la justificación y glorificación de la historia, bastaría el decreto del derribo de la columna imperial para constituir una gloria del proletariado militante.

El decreto en que se dispone es por sí solo un resumen de la historia, un símbolo del derecho y un acto de abnegación heroica.

He aquí la demostración:

Un pueblo oprimido por cuantos vejámenes pudo acumular el privilegio en el curso de muchos siglos, se levanta justiciero y potente, derriba el trono y el altar, y proclama los derechos del hombre y del ciudadano.

Una clase media egoísta desvía al pueblo de su objetivo, monopoliza para sí la revolución y se esteriliza en luchas intestinas.

Un soldado audaz se hace dueño del poder, enciende el fanatismo patriótico y emplea las armas, que debieran haber servido para defender la libertad, en tiranizar á las naciones, poseído de la idea de fundar un imperio universal para su ambición.

Mortandad, incendio, devastación, manchan las naciones en la inmensa extensión de territorios de Cádiz á Moscou, horrible tragedia desarrollada en mil cruentos cuadros desde Egipto hasta Waterloo, cuyo desenlace asaz raquítico, se verifica en Santa Elena.

Pues este hecho nefando, cuya criminalidad no puede calificarse, porque es imposible hasta para la imaginación más poderosa condensar la cantidad de sangre, de sufrimiento y de lágrimas que representa, se hallaba glorificado por la odiosa columna.

Por eso le apellidó la *Commune* monumento de barbarie, símbolo de fuerza bruta y afirmación del militarismo.

La tendencia del progreso á la perfección de los hombres, y, por consecuencia, á la concordia primero y á la armonía después, se veía dificultada por aquel aborrecible altar de la patria, en que se hallaban escritos, como en un padrón de ignominia, los nombres de ominosas jornadas en que muchos miles de hombres, nacidos para el trabajo, para la paz y para la felicidad, se habían convertido en feroces salvajes, cuyo recuerdo se perpetuaba, en mengua de los sacrificados y para exaltación de los verdugos.

Por eso dijo la *Commune* que aquel monumento era la negación del derecho internacional, un insulto permanente de los vencedores á los vencidos y un atentado continuo á la fraternidad de los pueblos.

La *Commune* no se limitó, pues, á proclamar: «la tierra al agricultor, el instrumento de producción al obrero, el trabajo para todos.» Era necesario ofrecer al mundo un gaje de amor y

fraternidad á todas las razas; no bastaba la severidad de la justicia, necesitaban la expansión del sentimiento; el reconocimiento y la práctica del derecho necesitaba la sanción de la felicidad.

Allí estaba la columna que mantenía vivo el odio de Inglaterra, de Prusia, de Austria y de España contra Francia, y de ésta recíprocamente contra aquéllas.

Pues la *Commune* pone un dogal al cuello á la estatua de Napoleón, el pueblo de París tira, el ídolo patriótico cae deshecho en mil pedazos sobre el pavimento y un inmenso clamor anuncia al mundo que el pueblo de París reconoce como hermanos á todos los habitantes de la tierra.

Era aquello como el jubileo de la fraternidad humana; hecho sin precedente en la historia, por su alcance y por su universalidad. Se había visto poderosos reyes de naciones enemigas abrazarse cordialmente y llamarse primos, mientras sus vasallos se mataban en los campos de batalla; diplomáticos representantes de pueblos enemistados tributarse recíprocamente los mayores agasajos para exprimir y tiranizar á sus propios representados, pero un pueblo que abomina y pisotea su tradición patriótica y ofrece al mundo el ramo de oliva, se vió por primera vez en el mundo en París en Marzo de 1871.

Si la musa burguesa escribió:

!Qu'on est fier d'être français
quand on contemple la colonne!

el decreto de la *Commune* manifiesta que vale más ser miembro libre de la familia humana que francés sometido al privilegio.

La buena nueva se extendió por el mundo, junto con la noticia de la sangrienta victoria de Versalles.

Todos los trabajadores supieron que los generosos apóstoles de la fraternidad habían sido cazados y ametrallados con una ferocidad sin ejemplo. El Luxemburgo, el Panteón, el Pere Lachaise, el cuartel Lobau, Satory, son nombres que quedarán eternamente unidos á la historia de la reivindicación del proletariado; son como la tierra santa de nuestra redención, regada con la sangre de los innumerables mártires proletarios.

El pacto quedó aceptado y sellado; por eso en este día todos los trabajadores del mundo se unen en un sentimiento unánime, y en todos los idiomas se tributa el homenaje de la gratitud al pueblo apóstol, al pueblo mártir, que dió la fórmula de la revolución social.

¡Qué importa que el triunfo de efímera reacción haya reconstruído la columna!

Las consecuencias del derribo son permanentes, imperecederas: la fraternidad de los pueblos en la integridad del derecho.

¡Gloria, pues, á la *Commune*, de París!

ANSELMO LORENZO

SOCIOLOGÍA

El Pacto Social

Las personas poco al corriente de las cosas de la ciencia, se representan la electricidad como un fluido con existencia real, que circula á través de los cuerpos, siente resistencia según su naturaleza y sufre variaciones de tensión como un gas. Pues no; todo eso son puras concepciones del entendimiento, simples hipótesis útiles

al trabajo de los físicos. *Todo sucede como si* la electricidad fuera un fluido, es decir, un gas ó un líquido sutilísimo; y así imaginados los fenómenos se comprenden mejor.

En materia social hay las mismas ficciones. Por ejemplo, las leyes, las costumbres entre los pueblos y los individuos reposan sobre la hipótesis de

que las gentes están de acuerdo para fundar y conservar cierto orden social. *Todo sucede como si* existiera un verdadero pacto social. Y cuando ocurre un violento accidente, como un atentado terrorista, una guerra injustificada, un motín, un crimen particularmente cruel ó una profunda perturbación en la vida privada, tal como el abandono de la forma del matrimonio, la mayoría sometida á las formas de acción regulares queda desconcertada y ansiosa. El fenómeno le parece una anomalía, un acto de locura, una traición al pacto, y en todo caso una manifestación atávica de un pasado de barbarie. Y sin embargo, esa interpretación es cándida é ilusoria.

En las relaciones intersexuales, el acuerdo regular es el matrimonio, que representa el pacto social. Las leyes son elaboradas y las costumbres de la vida establecidas como si el pacto fuera aceptado por todos; pero acabo de demostrar que eso es una pura ficción. En París, por ejemplo, la proporción de los hijos naturales, que es una medida aproximativa de las uniones libres, alcanza casi la tercera parte. No es, pues, verdad que el matrimonio sea la regla del acuerdo de los sexos. Y, sin embargo, la preocupación es todavía tan fuerte en este punto que la generalidad de los individuos que aceptan ese estatuto moderno, son rechazados de la vida de relación moderna á menos que oculten su estado.

Como se ve, el pacto no es aceptado en este asunto por muchos individuos, que en lo demás pueden ser observantes dóciles de los usos recibidos, porque la crítica de los otros es desagradable aunque no cambia su manera de hacer: tienen otra convicción, otro estatuto social y no quieren variarle. Esos refractarios desatienden todas las excitaciones que les dirigen la ley civil y las preocupaciones de los regulares del medio ambiente.

De modo que cuando se quiere juzgar ciertos actos de su vida privada, por ejemplo, la manera como comprenden sus deberes recíprocos, no ha de aplicárseles el concepto del pacto

nupcial, porque éste no sucede en ellos como si fuese el principio de la vida sexual, puesto que no lo han aceptado. Con esta reserva, aparecen convenientemente honrados; y la mujer que se halle en una situación irregular manifestará á veces críticas severas sobre la conducta de ciertas mujeres casadas, y este juicio será esencialmente lógico.

Profundizando más en este asunto, examinemos el caso de las prostitutas: tampoco éstas han aceptado la regla de la mayoría, y se burlarían de quien les reprochara su falta á la honradez convencional, porque no pueden caer en falta respecto de un principio que no dirige sus actos. Es inútil exigirles responsabilidad porque pasen de uno á otro, sin cuidarse de las enfermedades que reciben y transmiten ó por las pérdidas morales y materiales que infligen á los que recurren á sus servicios. ¿Quiere esto decir que esas mujeres no se sometan á ninguna prescripción moral? No; su moral es diferente á la corriente. Lo prueba la relativa fidelidad al hombre que se constituye en su defensor.

Para explicar la anomalía de las prostitutas, se ha supuesto que eran profundamente anormales física y moralmente. A ser cierto, todo sucedería como si el pacto fuera la regla, porque sería necesario un estado próximo á la locura para exceptuarse de sus prescripciones; pero la crítica de los hechos no lo confirma. Las prostitutas representan una anomalía social, debida generalmente á causas situadas fuera del sujeto. La educación de un medio inmoral orienta con frecuencia hacia el vicio, del mismo modo que una cultura superior dirige á las carreras honrosas.

Las mismas consideraciones tienen valor respecto de otros puntos de vista.

Examinense los criminales. ¿Qué no se ha dicho sobre ellos? Según los antropólogos del derecho penal, los delincuentes son enfermos, locos, individuos esencialmente anormales física y mentalmente. No hay duda que individuos de esos forman parte del

grupo, pero la masa se compone de gentes que no son sensiblemente anormales y diferentes de las gentes honradas: una mala educación orientó hacia una actividad delictuosa las tendencias más débiles, que en otro caso hubieran abortado y aun se hubieran dirigido hacia el bien.

Los criminales profesionales no aceptan el pacto de la mayoría sobre el respeto á la propiedad y á la vida ajenas; pero sus actos, considerados desde un punto de vista diferente del nuestro, no son ilógicos. De ellos puede decirse que constituyen una sociedad dentro de otra: tienen sus costumbres, sus preocupaciones, su moral en una palabra. Apenas se cuidan de las críticas y de las sanciones benévolas de que son objeto sus actos cuando proceden del principio que todo sucede como si la convención de honrados fuera la regla común. Párecenme enemigos que obraran secretamente en medio de una población pacífica. Pero si no se sienten ligados con las gentes honradas, manifiestan entre sí ideas y tendencias semejantes, y hasta un respeto á ciertas convenciones que constituyen el estatuto de su grupo.

Tampoco es aceptado el pacto social por los ácratas, aunque por diferentes razones, y en el fondo hallamos en este punto como en los anteriores la misma rebeldía contra los convencionalismos sociales. En este caso no hay que preguntarse cómo pueden transgredir las leyes que parecen á la población tutelares de toda actividad colectiva, sino cómo han llegado á rechazarlas.

En todas partes, semejantes infracciones á un convencionalismo social, que es una regla común ficticia, producen en ciertas circunstancias las mismas admiraciones. Las relaciones entre dos países vecinos se regulan según un convencionalismo de la misma naturaleza. Por supuesto que en

caso de desacuerdo todo sucedería como si la justicia y la equidad fueran aceptadas por ambas partes con igual deseo de paz, lo que es una hipótesis muy dudosa.

Los hombres animados de los más puros sentimientos altruistas, los partidarios convencidos de la pacificación general, en el interior y en el exterior, se preguntan con inquietud cómo no impide el progreso moral los incessantes conflictos entre los individuos y los pueblos. Su pregunta, que procede de laudables sentimientos, requiere una respuesta que les parecerá inesperada, á saber: la evolución actual, que tiende á dar á cada individuo una conciencia más ilustrada, le comunica al mismo tiempo una crítica más libre y más independencia en el examen de los hechos, y si le muestra un ideal de paz y de equidad como objeto, fomenta en él un vivo deseo de emancipación respecto de los convencionalismos que, como la idea de solidaridad sexual, la idea de patria y el principio de autoridad del Estado, formaban antes parte de un pacto intangible.

Es, pues, evidente que los conflictos interiores y exteriores, que parecen aumentarse en la misma medida de la evolución del progreso moral, á semejanza de las escorias que hace una máquina en movimiento, sirven de guía para informar sobre el trabajo producido. Aproximándolas se comprende mejor su verdadera significación. Bajo su aspecto desagradable á los ojos de la mayoría, muestran que se prosigue el trabajo de individualización; pero también manifiestan que el pacto social, regla de acción común, es en muchos casos una pura ficción y que para conservarle no basta obrar si su potencia fuera íntegra; se necesitan á la vez otros medios más previsores, más adecuados y más liberales.

DR. TOULOUSE

A TODOS INTERESA

la lectura de la Correspondencia A. en la cual están anotadas las cantidades recibidas hasta el 30 del corriente, y los avisos de la Biblioteca Domenech con las últimas obras recibidas.

Conversemos

A los obreros

¡Cuántas veces en esos cortos cuanto dolorosos intermedios de tristeza, en que el desaliento señorea fugazmente las cuadrigas de la voluntad, me he preguntado si no os hacemos más bien daño quienes de vuestro derecho os conversamos llevados por el afán nunca extinguido de libertad y de altivez!

Os veo pasar á mi lado en el trajín de todos los instantes, indiferentes á las cosas que en torno se realizan, mascullando algunas de las frases sonoras con que vuestros falsos amigos os regalan cuando os acercan la alcancía de sus antojos. Y al veros así aislados, y al contemplaros así inconscientes de vuestra verdadera situación en la vida, me parece que sois niños en cuyas manos se ha intentado poner un juguete peligroso.

Los críticos pertinaces de nuestro empeño, que desde los miradores de su dicha rien de la procesión de nuestros idealismos misericordiosos, á ratos parece que acertaran.

No hay tal proletariado entre nosotros, dicen á gritos los contentos de la vida. En nuestra joven sociedad, nadie perezca de hambre. Ni los holgazanes, que siempre hallan amparo en el Estado ó en el sentimentalismo de las gentes. Por la puerta del mérito, han entrado aquí hasta las más grandes alturas sociales y políticas, los hombres esforzados que han querido surgir. Entre los estadistas de más fuste y los acaudalados de mayor rumbo, entre los profesionales más eminentes y los industriales más afortunados, descuellan los hombres más oscuros en su origen. Nadie cortó las alas de su vuelo. Nadie se interpuso en su avance hacia la meta. ¿Qué más pretenden los humildes?

Además, con raras excepciones, el trabajo aquí no es esclavizante. A nadie se tiraniza, á nadie se explota. Y casi siempre son precisamente los patrones quienes caen bajo la tiranía de sus obreros.

Cuando así discurren los dichosos y os miro pasar beodos á veces arrastrando la vida con desprecio, tentado estoy de decir á aquellas gentes: tenéis razón, son ellos los culpables.

Pero no, que al cabo se aleja de mi pensamiento la amargura y el sol de la esperanza enciende en mí la hoguera de sus resplandores.

Ya sé que la cuestión social entre nosotros es bien diferente de la que en tierras europeas tiene planteados é insolubles todavía los arduos problemas de la vida proletaria. La fertilidad de nuestro suelo y la benignidad de nuestros climas; la ausencia en nuestro ambiente del miasma aristocrático y la división tradicional de nuestras propiedades, nos han puesto en la mejor de las condiciones para formar la nacionalidad ideal, aquella en cuyo seno puede y debe realizarse el reinado de la Justicia y de la Paz.

Pero sé también que esas imponderables condiciones van modificándose gradualmente, y que el acaparamiento de las tierras por un lado y la creciente exacción de los gobiernos que va chupando con no saciada codicia la savia de los productores, llevarán nuestro problema social á un campo parecido al en que se debaten los dolores de las masas desheredadas en Europa. Hoy mismo en los campos de la Justicia, vuestro lugar es muy otro del que ocupan cuando caen ó cuando demandan amparo, los hijos del bienestar social.

Sí, vosotros abriréis al fin los ojos á la verdad. Comprenderéis al fin que la lucha se acerca, cuando sintáis sus primeras embestidas, y os aprestaréis á ella con la más edificante de las energías.

Aun no habéis sentido en todo su rigor las necesidades del combate. Por eso os encogéis de hombros y no hacéis los esfuerzos á que estáis obligados, en el sentido de vuestro mejoramiento.

Marchad tras la verdad sin miedos y sin vacilaciones, mas no corráis des-

ordenados y dispersos, como si un viento de curiosidad os arrojara en vertiginosa revuelta contra los fanales donde se queman las alas de las incautas mariposas. Marchad unidos por el pensamiento y por el corazón y compartid en ese fresco ambiente de la fraternidad vuestras dudas, vuestras reflexiones y vuestras desconfianzas. Pasad, pasad, por el camino de la ciencia recogiendo enseñanzas, pero no dejéis de observar las florecillas del sentimiento que adornan y perfuman los bordes de la senda. Recogedlas también, y no dejéis de adornar con ellas vuestras frentes y vuestros corazones.

Bien comprendo que vuestras ideas no son uniformes. No pueden serlo todavía. He aquí por qué el sentimiento de la fraternidad debe robustecerse en vosotros primero que nada, para que podáis toleraros vuestras diferencias en el concepto de las cosas. Si queréis ser libres algún día, comenzad por respetaros mutuamente y por hacer una tan gloriosa armonía del conjunto de

vuestras ilusiones y de vuestras esperanzas, que podáis cambiar vuestros pareceres sin herir vuestra conciencia y vuestra dignidad.

La solidaridad efectiva, sinceramente practicada, es la única base posible para el edificio que pretendéis alzar ante las miradas de los contemporáneos. Comenzad por cultivar ese espíritu solidario que os hará sentir como propios el agravio, el pesar, la alegría de vuestros compañeros. Y cuando os sintáis capaces de tomar sobre vuestros hombros la carga que hiende los de un camarada sin fortuna y sintáis en ello dulce bienestar, habréis adquirido la sabiduría más alta que es dable apetecer á los humanos. Seréis entonces dignos de la liberación definitiva que ansían para vosotros los pensamientos soñadores que os aman sobre el mundo.

Á ese ejercicio os llamo. En esa tarea estará con vosotros, á toda hora, la inagotable energía de mi voluntad.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

La creencia sobrenatural y la creencia intelectual

La creencia vive primeramente en forma de adoración de las fuerzas naturales y de seres imaginarios á los cuales, por imaginarse el creyente que disponen de ellos á su antojo, suplican que intercedan en favor suyo. Las formas que ha asumido la creencia han variado al infinito en cada país, según el clima y las circunstancias históricas. De la idolatría, de la común adoración de las piedras, los árboles y los animales, se llega á un grado más alto de la manifestación de los sentimientos religiosos, á la adoración de las fuerzas de la naturaleza, de los héroes, hasta de los dioses imaginarios.

La creencia de los pueblos inferiores, es burda, grosera; entre los más cultos se transforma, se depura y llega á la unificación de estos sentimientos, á la concepción de un dios único, que sintetiza y personifica las leyes físicas y psíquicas, la ciencia el dere-

cho, la moral. Las formas de la unificación han variado evolutivamente. El budhismo se ha ingertado sobre el brahmanismo; el cristianismo sobre el judaísmo, el budhismo y el brahmanismo; el mahometismo sobre el judaísmo y el cristianismo. El cristianismo arrebató al judaísmo su noción de un ser amo del universo, al budhismo los dogmas de la encarnación y la redención, y al brahmanismo el de la trinidad de Brahma, Vischnou y Shiva, que convirtió en la trinidad del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

El hombre es sucesivamente panteísta, deísta, fatalista, religioso, librepensador, intelectualista; profesa siempre una creencia vaga, incierta, precisa, tradicional, impuesta ó libre, definida ó sorda, á veces sin nombre, una creencia cualquiera que lo atormenta y obsesiona; que implica todo un mundo de ignorancia ó de saber, de resig-

nación ó de esperanza, de flaqueza moral ó de poderío intelectual.

La creencia religiosa ha ido progresivamente alejándose de las teorías que exigían el sacrificio humano, para acercarse á aquella del primitivo cristianismo que buscaba una personificación. Tiene toda religión una fuerza expansiva que se desarrolla durante cierto tiempo, se debilita luego poco á poco, y por fin se extingue. El cristianismo ha seguido la ley común. Sus huellas al través de la vida de los pueblos, no son más visibles que las del judaísmo; en todo caso, como con todas las religiones supra-terrestres ha ocurrido, está ya á punto de desaparecer; es más, en algunos países ya no existe. El cristianismo no muere porque nuestra necesidad de creer esté atrofiada; muere porque ha sido impotente para satisfacerla y á la vez satisfacer nuestra necesidad de saber, de conocer. En vez de ayudar al hombre en sus tentativas de penetrar los misterios de la naturaleza, el cristianismo se ha convertido en Iglesia de opresión, dispuesta á dominar la humanidad, á petrificar su inteligencia y sus facultades creadoras, á imponerle un funesto dogmatismo teocrático.

A medida que los conocimientos evolucionan, disminuye en los pueblos civilizados la fuerza en las creencias supra-terrestres y más pronto avanzan éstas hacia su fin. Solamente los espíritus débiles pueden ver en ese hecho un indicio de decadencia. La ruina de las grandes civilizaciones de la antigüedad, cimentadas sobre el despotismo religioso ó monárquico, antes considerada como una catástrofe; la Revolución Francesa por mucho tiempo atribuida á un desencadenamiento de pasiones diabólicas, pero conceptuada hoy como la transición necesaria, indebidamente retardada, entre la época monárquica y la época constitucional;—todo ello elocuentemente comprueba que los aparentes decaimientos, las más grandes catástrofes religiosas, políticas ó morales, lejos de conducir á la degeneración de la humanidad, la encaminan hacia más altas cimas.

El fin de las religiones supra-terrestres, no despojará á la humanidad de creencias, no la privará de ideales. Al contrario, muertos los dogmas inútiles, más fácil será para el hombre completar su emancipación intelectual y moral, afirmar su concepción general de la vida, científica y humanitaria en su principio, y así formular su nueva creencia,—que ésta no se aniquila: evoluciona, nada más.

El hombre normal no puede vivir sin concebir, sin *sentir* alguna creencia; lo contrario sería una anomalía psíquica, una perversión moral é intelectual. Sólo tendría derecho de decirse anticreyente quien pudiera ofrecer una prueba irrefragable de que la humanidad sabe y conoce ya todo lo que su inteligencia es capaz de aprender, y que nada más hay que descubrir en la vida; que la naturaleza enmudecerá, que la ciencia pronunciará la palabra postrera, que el hombre no alcanzará jamás á determinar el cómo y el por qué de su existencia.

En tanto no tengamos una prueba de esa clase, que evidencie la esterilidad del afán investigador, debemos creer que, tarde ó temprano, el hombre descubrirá el magno secreto: el sentido de la vida. Pedemos repetir: el hombre en absoluto anticreyente, es un hombre anormal.

«Quien se dice ateo, en verdad solamente lo es con respecto á los dioses de los demás. Quien niega el dios de su cura ó de su pastor, el de su infancia, aquel que adoran sus convecinos, adora otro dios, un dios interior, oculto en el fondo de su alma, al cual denomina de un modo particular y diariamente le hace el sacrificio de su propia persona. Cuando no un dios noble, se venera cualquier ídolo bajo y grotesco,—de tal modo es imposible al hombre vivir sin entregar su espíritu». (*)

El autor de esas justas palabras ha agregado con error: «Pero nada es más absurdo que oponer al dios oculto,

(*) AUGUSTE SABATIER, *Esquisse d'une philosophie de la religion*.

siempre presente, y activo siempre, la vida superior del espíritu, que únicamente su misteriosa y omnipotente acción hace florecer en nosotros». Precisamente sólo la vida superior del espíritu puede ser opuesta y lo ha sido siempre, á esos dioses ocultos, interiores, pseudo-activos.

La creencia en la fuerza, en la virtud de la vida espiritual superior,—la creencia intelectual,—tiene, paralelamente á las religiones sobrenaturales, su historia. Desde la juventud de la humanidad, la creencia intelectual,—el culto del espíritu, de la razón,—marcha á la par, sobre un camino de antagonismos, de la creencia supra-terrestre,—del culto de lo sobrenatural.

Para Max Müller (*) «la creencia es una facultad del espíritu que capacita al hombre para apoderarse de lo infinito, bajo denominaciones varias y apariencias diferentes. Sin esa facultad no sería posible la vida de creencia alguna, ni siquiera de la degradada adoración de los fetiches; y á poco que prestemos atención oiremos en toda creencia un como gemido del espíritu, el ruido de un esfuerzo por concebir lo inconcebible, por expresar lo inexpresable, una aspiración hacia lo Infinito, una ansia de Saber. Ese gemido, ese esfuerzo, ese intento, es lo que los dogmáticos han pretendido siempre destruir».

El combate de vida ó muerte que la Teología y la Filosofía sostienen desde hace dos mil años, no es sino la lucha formidable entre la creencia religiosa, cuyo objeto es esencialmente sobrenatural, y la creencia intelectual, cuyo objeto es esencialmente natural, positivo, científico.

La historia humana registra un cúmulo infinito de doctrinas que ora se han extendido ó bien han desaparecido al iniciarse no más. Cada una de ellas

ha seguido, antes de desaparecer, la marcha progresiva de la evolución y de la disolución. Sólo la creencia intelectual, cuya aparición se pierde en los tiempos y en los espacios, ha continuado evolucionando, progresando, más floreciente cada vez. De más en más por el desarrollo de su propia evolución, ella aniquila los dogmatismos que intentan paralizar su avance. Nada ha adulterado su vida independiente, poderosa, llena de savia. Ella no es un dón ni una revelación: es el más hermoso producto del pensamiento y por eso mismo una necesidad destructible para los individuos y para los pueblos que anhelan afirmarse y engrandecerse. La creencia intelectual no es ese vago sentimiento de lo incógnito, base primitiva de la tendencia religiosa. Hemos dicho ya que esa tendencia, meramente instintiva, existe entre las hordas salvajes y entre los animales. No así la creencia intelectual, privilegio del hombre culto, que es razonada y consciente y abarca un conjunto de opiniones relativas á la naturaleza de la vida. Ella implica un empeño de la razón por acercarse al principio de la sabiduría, admite la existencia innegable de un fin del universo, de un objetivo, y asimismo la posibilidad de llegarlo á descubrir algún día, mediante el estudio de la naturaleza y de los fenómenos vitales; excluye la hipótesis de un ser sobrenatural, y no rinde vasallaje á dogma alguno: es libre absolutamente, no participa de ninguna religión dogmática ni de ninguna secta científica. Su alta misión consiste en buscar la verdad independiente, para enseñarla, para exponerla, para explicarla, no para imponerla. Es decir, se propone hacer evidente la verdad ya perceptible para los espíritus sanos, y no la sedicente verdad completa y definitiva.

OSSIP LOURIE

(*) *Introduction à la Science de la Religion*, p. 17.

Concluirá en el número siguiente.

IMPORTANTE

para los suscriptores de RENOVACION que no hayan cancelado el recibo del primer trimestre, pues se publicarán los nombres de los morosos en el próximo número.

Las plañideras

¿Quiénes son las plañideras, los españoles que alzan su grito en expresión de los dolores nacionales? don Joaquín Costa, un santo; don Francisco Giner, otro santo; Pablo Iglesias, otro santo. Costa ha dado á España las ideas políticas que discutimos actualmente; Giner ha preparado nuestros mejores profesores; Iglesias ha dado á los obreros sus comienzos de organización. En estas figuras máximas de plañideras los lamentos no han estorbado la obra.

Los plañidos son idealidad. Quitad á Costa, á Giner y á Iglesias el sueño de una sociedad más fuerte, más sabia y más justa, y habrán desaparecido sus lamentos,—pero también se habrá desvanecido su obra.—Porque en la cabeza de Costa se dibujaba una España más fuerte, ha encontrado acentos para apostrofarnos por nuestra mengua; porque en la cabeza de Giner se perfilaba una España más sabia, ha sabido infundir á sus discípulos la religiosidad de la cultura; porque en la cabeza de Iglesias se esbozaba una España más justa, ha logrado arrancar á sus obreros de las tabernas para hacerles tomar el aire los domingos.

Pero se dice que las plañideras hacen daño, que su labor es antipatriótica y que sumen al país en el pesimismo y, consiguientemente, en la inacción.

Faltaría averiguar lo que se entien- de por pesimismo.

Hay un pesimismo fundamental y cósmico. El que afirma que el mundo carece de sentido y supone que toda esta armazón artificial de la cultura va á disolverse el mejor día en el polvo del caos. Este es el pesimismo que podría llamarse epicúreo, cuya aplicación moral es el: «bebamos y riamos, puesto que mañana moriremos», ó en otros términos: «la cuestión es pasar el rato».

Los hombres que se quejan de nuestras plañideras, ¿no estarán tocados de este pesimismo? Porque es evidente

que si «la cuestión es pasar el rato» las plañideras no convienen. Era preferible seguir viviendo como vivíamos en los tiempos de la Restauración y la Regencia, cuando no había político á quien no tuviéramos por estadista, ni escritor que no diputáramos genial y no había aparecido por nuestros periódicos la antipática palabra de «problema».

Las plañideras han aguzado el espíritu crítico. Han puesto en las gentes medidas ideales que no llenan las figuras conocidas. Han obligado á los escritores á corregir las cuartillas y á los pensadores á repensar sus conclusiones. Han afinado los distingos, á tal punto, que si un escritor obtiene considerables éxitos con libros en que ha puesto sólo tres semanas de trabajo en escribirlos y hasta seis meses de esfuerzo en venderlo, hayamos dejado de admirarle como escritor, pero le sigamos admirando como hombre de negocios.

Así se comprende la hostilidad contra las plañideras. Si no fuera porque sensibilizan los nervios de las gentes, seguiría siendo indefinidamente nuestro pueblo la víctima propiciatoria de los audaces y los listos.

Lo que conviene es adormecerle, y para adormecerle nada como adularle. ¿Se habla de nuestra producción intelectual? Pues se la proclama la primera del mundo, aunque luego digan los números que sólo en obras de teología publica Alemania más volúmenes al cabo del año que la totalidad de nuestra producción libresca.

Lo importante es volver con el cuento de las antiguas historias de España: todo bueno, todo noble, todo santo y que continúe el pueblo dando tumbos por el despeñadero. Aquella insensibilidad nacional era condición previa para que continuase indefinidamente el culto de los ídolos.

Lógico que se duelan de su desaparición aquellos hombres que iban para ídolos y que en vez de ser objeto de

culto se hallan solos. Pero se han equivocado. Se han pasados de listos.

Algunos de ellos tenían talento. De haberlo desarrollado en la soledad, en el estudio, en el trabajo, se habrían creado poco á poco esa virtud de las reputaciones sólidas que hace caer sobre sus mismos enemigos los ataques que éstos las dirigen.

Les espantó la perspectiva de ese lento progreso en espíritu y prefieren los caminos fáciles del anuncio, de la añagaza, de la sorpresa. ¿Para qué la molestia si el público no entiende? ¡Para qué! ¡Para qué! ¿No es esta la exclamación de los verdaderamente pesimistas?

Pero las plañideras han despertado el espíritu del Pueblo. Aun no entienden del todo el público; aun no distinguen bien entre el charlatán y el orador, entre el artista y el hombre práctico, entre el político que sirve una idea y el político que se sirve á sí mismo. Pero empieza á entender, y ya hay gentes, de las que aprovechaban la insensibilidad general, que notan que se les escapa la tierra que pisan. ¿Qué ocurrirá si llegase el pueblo de España á entender bien?

De ahí la urgencia de atenuar el es-

píritu crítico. Nada de más efecto que confundirlo con el espíritu negativo. Sólo que esta confusión hay que rechazarla con energía.

Las plañideras españolas no son pesimistas. Representan, por el contrario, el único optimismo eficaz. Su optimismo es la conciencia de un ideal que no puede satisfacerse con las realidades que encuentra á mano; es un horizonte que les impulsa en cada momento á no detenerse en el camino; es una fuerza que les permite domar su sensualidad, su ambición personal, su egoísmo, y concentrarse en una vida de trabajo.

No pueden contentarse con lo que ven, ni consigo mismas; no dejan á los demás que se contenten; son esforzados que despiertan en torno suyo la necesidad del esfuerzo. ¿Cómo no han de provocar las protestas de los regalones, de los sensuales, de los perezosos y de los egofstas?

Pero en su queja hay un camino, un más allá y una esperanza. ¿Qué hay en sus adversarios? «La cuestión es pasar el rato», es decir, que lo pasen ellos bien, no el pueblo que emigra.

RAMIRO DE MAEZTU

PEDAGOGÍA

Los exámenes

Giner de los Ríos en su obra *Educación*, y bajo el título *Más contra los exámenes*, dice: «como las oposiciones á cátedras, los exámenes destinados á comprobar la suficiencia de los alumnos obedecen á una concepción y á un orden de cosas á que de día en día van sustituyendo ideas más razonables. Se comprende que cuando el maestro y el discípulo apenas sostienen entre sí una superficialísima comunicación personal, cuyas dificultades aumenta hasta hacerla á veces imposible la inmensa aglomeración de alumnos en las clases

de gran número de establecimientos; cuando en estas condiciones sería inútil pedir al profesor juicio alguno formal acerca de estudiantes que apenas conoce de vista, se haya pretendido compensar la falta de este juicio por medio de ciertas pruebas momentáneas, en que el candidato manifieste el fruto de sus estudios. Todavía en este caso, el examen, aun rodeado de todas las precauciones posibles, como son la pluralidad de actos, la mayor duración, el carácter familiar con la consiguiente ausencia de toda solemnidad, excep-

ción y aparato, será siempre impotente para reemplazar la prueba variada y continua que el alumno colocado en las condiciones normales de su vida diaria dentro de la clase misma, da involuntariamente de sí propio ante el profesor que ha sabido guardar con él y estrechar de hora en hora relaciones familiares con sus discípulos, única garantía (y aun ésta nunca absolutamente infalible, tanto para conocerlos, cuanto para enseñarlos y educarlos).

El acto de examen en sí no tiene otro objeto que el de apreciar el *cuántum* de conocimientos, y uno de los fines de la educación es el de desenvolver todas las facultades humanas. Este fin obedece á una ley llamada de universalidad ó armonía. La educación, según Tyndal, autor de esa ley, debe desarrollar al propio tiempo todas las facultades humanas, neumónicas, imaginativas, sensitivas, físicas, etc. Debe ser encauzada hacia el desarrollo integral del alumno, es decir, debe ser física, intelectual y moral. En el curso de sus enseñanzas el maestro habrá dedicado la mitad de su tiempo á la consecución de esos fines, infiltrando ideas, influyendo sobre la sensibilidad del alumno, para dominar su voluntad, formando sentimientos y creando hábitos. Porque es preciso que conven-gamos que la educación no se concibe sin la enseñanza, ni una enseñanza que no tenga por fin primordial la educación. La misión del maestro no consiste simplemente en llenar cabezas, sino también en formar cabezas. Debe influir por medio del vehículo de la enseñanza sobre la voluntad del educando, para proscribir de él los vicios y los malos hábitos. La instrucción no se considera como término sino también como un medio de alcanzar fines superiores, como la formación de fuertes y sólidas cualidades morales: la de dar al educando una convicción razonada y razonable sobre el verdadero valor, sentido y empleo de la vida. Rectificar ideas por medio de ideas, despertar buenos sentimientos por la influencia de las ideas, enriquecer la inteligencia sirviéndose del vehículo

de la enseñanza, pábulo espiritual y abundante, como medio más seguro de obrar sobre el pensamiento, los sentimientos y las resoluciones morales del hombre. Por otra parte, la enseñanza no tiene un alto valor pedagógico cuando no despierta en el niño la necesidad, el vivo deseo de llevar las investigaciones más lejos, el saber más, la sugestión de nuevos ideales. Los exámenes se reducen simplemente á investigar, á darse cuenta de la adquisición de los conocimientos y no de la labor educativa del maestro durante el año, labor que de seguro le ha tomado la mitad de su tiempo docente y que constituye la parte primordial de la misión de un preceptor que tiene conciencia del cumplimiento de su deber. En un ceremonioso acto de examen no se puede apreciar ese otro fin tan útil de la enseñanza. Esa labor queda oculta, queda en la obscuridad.

El profesor francés Mr. Bréal afirma el desastroso influjo que sobre el nivel de los estudios y sobre la cultura nacional ejerce el sistema de exámenes. Estos exámenes, dice, son la preocupación de las familias y de los alumnos, y han venido á instituir el *verdadero objeto y fin de los estudios*. Los exámenes no parecen establecidos para comprobar los estudios; sino al contrario, éstos para el examen; el éxito material y final ha sido todo...; la cultura intelectual y moral no ha pesado casi nada en la balanza.

El concepto humano, el concepto civilizado y social de la educación es el de desarrollar en el educando sus mejores aptitudes y facultades, ponerlo en condiciones favorables para que pueda bastarse á sí mismo y á la familia, y que constituya, además, un elemento útil á la sociedad y á la patria. Ahora, ¿podrá la labor de un profesor, encauzada hacia este fin, juzgarse por el acto aparatoso de un examen?

Don Aureliano Abenza, profesor de estudios superiores de pedagogía, nombrado por el Ministro de Instrucción Pública de España para estudiar la organización pedagógica de las escuelas de Francia, Suiza y Alemania, se

expresa así al hablar de la educación intelectual: «El ideal de la escuela primaria en Francia (en este caso cabe hacerlo extensivo á la enseñanza secundaria) no es enseñar mucho sino enseñar». El término *enseñar* en el último extremo lo emplea el señor Abenza como acepción de educar. «Lo que se requiere, dice Abenza, es que adquiriera el educando una suma de conocimientos, y después, sobre todo, buenos hábitos del espíritu, una inteligencia despierta, ideas claras, juicio, reflexión, orden, precisión en el pensamiento y en el language. Yo pregunto, ¿puede apreciarse ese proceso intelectual y educativo mediante un examen hecho á la carrera, pues la mayoría de las veces es precipitado, sin haberse enterado antes del estado mental del niño cuando lo recibió el maestro?

«El sistema de exámenes coloca delante del profesor alumnos que ha podido apreciar convenientemente, lo obliga á una pérdida inútil de tiempo, lo somete á una intervención poco decorosa y hasta puede comprometer gravemente su autoridad, desde el instante (frecuentísimo, por desgracia, sobre todo, dada la brevedad verdaderamente ridícula con que suelen hacerse los ejercicios) en que su juicio, sólidamente madurado durante el curso, puede resultar en contradicción, aunque aparente, con el dictamen, ya más, ya menos favorable que sus colegas formen, en vista de los actos, único dato que poseen, y sobre el cual, si han de servir de algo más que de inútil comparsa, debían en consecuencia apoyarse».

Véamos ahora el examen desde el segundo punto de vista en que habíamos planteado la cuestión: el examen como medio coercitivo, ó de compulsión con el fin de hacer estudiar á los alumnos desaplicados. La pedagogía se opone abiertamente á este fin del examen. Es un principio sentado de educación el de que el educante no debe forzar sino coadyuvar á la naturaleza del educando. «Puede decirse que instintiva ó empíricamente ésta ha sido la norma de conducta de todos los

grandes educadores. La información científica y moderna ha venido á dar á esta norma general una mayor fuerza y verdad. El desiderátum práctico de la educación es conseguir la disciplina y el estudio sin extremar la autoridad. Emplear la autoridad en un mínimum posible para conseguir el posible máximun de orden y respeto. El examen es uno de los instrumentos de autoridad, es el tramajo alzado del polizonte y la bayoneta calada del militar». Wille, el apóstol de la filosofía de la emancipación, llama al examen instrumento de tortura para profesores y alumnos, que sólo prueba, no si se hallan formados, sino nivelados militarmente según el tipo y las normas prescritas. «El filósofo idealista y espiritualista, el profesor de pedagogía de Berlín, Paulsen, advierte que no sólo el examen, sino todos los medios coercitivos para estimular el estudio, son inútiles porque sólo obra sobre las apariencias, no sobre la realidad que no sufre coacción; y perjudiciales porque debilitan el espíritu de independencia y de responsabilidad personal... Son cosas propios de la Edad Media (sobre lo cual insiste también por su parte otro gran profesor francés, monsieur Compayré, en su reciente obra *Historia de las Universidades*; en especial, los exámenes no sirven para hacer aprender, y mucho menos para hacer trabajar científicamente; á lo sumo podrían obligar á aprender de memoria manuales y apuntes, catecismos de preguntas y respuestas, que de seguro vencerían entre nosotros para ayudar á salvar el obstáculo. Á este miserable resultado positivo se juntan los más grandes efectos negativos: la perturbación de las relaciones entre maestro y discípulo, y de las relaciones con la ciencia, que cohibida, se haría aborrecible, hasta para los que ahora con más libre inclinación, se consagran á ella». «En Rusia, añade Paulsen, hay planes de estudios oficiales para cada carrera, asistencia obligatoria, exámenes de fin de curso, notas, y ¿cuál es el resultado? Se deja asistir á las clases para prepararse á los exámenes;

desempeñan gran papel los apuntes litografiados, que tienen un precio muy alto, ó el profesor taquigrafía sus lecciones para luego preguntarlas en los exámenes». En otro lugar, con motivo de los exámenes de Estado, dice Paulsen, «son desagradables y perjudiciales para examinandos y examinadores; coartan la libertad de estudios científicos, conducen á los repasos y compendios, etc». «En mi Universidad de Oxford, decía el maestro y filólogo inglés M. Müller, el plan de estudio ha acabado, el joven no piensa sino en el examen». «El ilustre historiador Freeman, dice que el examen ha llegado á ser fundamental de la vida escolar, una especie de deporte, sólo que dirigido, no á desarrollar, sino á atormentar el

discípulo, al cual no se le pide ya que aprenda cosa alguna en realidad, sino que la retenga en la memoria hasta que se le pregunte en el gran día». Agrega Freeman, hablando de las Universidades: «La Universidad es hoy un cuerpo cuyos miembros se ocupan, no en estudios, sino en examinar, ó ser examinados, con los necesarios intervalos para prepararse á ellos y para olvidar todo cuanto pasa. El atiborramiento cuantitativo de pormenores organizados, reemplaza á la dirección científica y pedagógica del maestro, para los estudios personales del discípulo».

LUIS FELIPE GONZÁLEZ

Terminará el próximo número.

PÁGINAS LITERARIAS

Los Camellos

Lo triste es así... — PETER ALTENBERG

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros, y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
á grandes pasos miden un arrenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse y luego
el soñoliento avance de sus bellotas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
pararon silenciosos, al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico,
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
tal vez leyeron, sabios, borroso geroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra
copiaron el desfile de la Melancolía...

Son hijos del Desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimera
sopló cansancio eterno la boca del Esfinge!

Dijeron las pirámides que el viejo sol rescalda:
—«Amamos la fatiga con inquietud secreta...»
Y vieron desde entonces correr sobre una espalda
tallada en carne, viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escualida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas... huesos en blanquecino enjambre...
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoro de claros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga:

Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio,
que amáis pulir el dácilo al son de las cadenas,
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

Oh artistas! Oh camellos de la Llanura vasta
que váis llevando á cuestras el sacro Monolito!
Tristes de Esfinge! Novios de la Palmera Casta!
sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

Qué pueden los ceñudos? Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

Se pierde ya á lo lejos la errante caravana
dejándome—camello que cabalgó el Exidio...
Como buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las ondas gri-es el lóbrego fastidio!

No! buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy á mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente;

Y si á mi lado pasa la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vió un camello con honda pesadumbre,
mirando silencioso dos fuentes de zafiro...

GUILLERMO VALENCIA

(Colombiano).

El premio

Para Amparo Zeledón
Venezas, correspondiendo
un pensamiento suyo.

Inmensa gavilla de luz olorosa á
musgos y claveles frescos la mañana.
Fresca como los musgos.

Lucinda dejó el lecho más temprano
que nunca. Habíase levantado con los
pájaros, antes que aquel sol que iba
haciendo suaves explosiones de esme-
ralda y plata en las brisnas florecidas
de rocío, en los follajes, en el río, en
todo.

Afanosamente la pequeña pasó y re-
pasó las hojas del silabario:

—«A-la. Ala».

A cada lección sabida, una risa de

crystal, armoniosa y dulce, se regaba
por el campo como una fragancia, tre-
paba la ladera á cuyo pie se erguía la
casita de techo de hojas secas é iba á
perderse allá, muy lejos.

—«El sol sale» y las miradas de Lu-
cinda se extendían en lontananza hasta
topar con el sol, con aquel tardo sol
que surgía perezoso contemplando ex-
tasiado el verde regazo de su eterna
amiga la tierra fecunda.

Al cabo todo el silabario estuvo ven-
cido; era ya tiempo de marchar á la
escuela.

Era aquel el día del examen; luego
vendría las vacaciones, el descanso

del silabario, el poder ir por agua á la fuente y por leña al *alto*.

* * *

Había que premiar aquel esfuerzo, sí, quizá no sería bastante con los besos, los muchos besos que la esperarían al volver. Algo más, algo mejor; pero qué, qué otra podían ellos, tan pobres, ofrecer á Lucinda sino besos?

Así sentían aquella olorosa y fresca mañanita los dos corazones que bajo aquel techo de hojas secas arrullaban con tierno encanto los dulces ensueños de aquella Lucinda, fragante florescencia del límpido y sereno amor de ambos.

—«Ya!», pensó Juan, y salió sin rumbo al parecer. A poco volvía trayendo dentro de una pequeña jaula de caña un rualdo joven. El pájaro agitaba sus bríos atacando con denuedo las murallas de su cárcel.

—Para Lucinda, para ella. Allí estaba el premio. Qué alegría!

* * *

Un enjambre de risas cristalinas echó á correr ladera abajo; tras ellas Lucinda, el rebocillo al cinto, agitando el silabario.

—Juan, habló la madre, ya, ya viene! El premio, el rualdo!...

Oh, no! Aquello no era premio, si más bien daba pena! Ella no lo quería; que se fuera, que volara al hogar que de seguro tendría. Mejor un beso, muchos besos, acaso había nada que trajera más contento que los besos?

Al tiempo en que el pájaro salvaba la ladera ansioso de ganar la montaña, Lucinda, el rebocillo al cinto, riendo, riendo mucho, ofrecía en la rosa encendida de sus labios, aromas de su ternura á aquel par de corazones que arrullaban sus dulces ensueños bajo aquel techo de hojas secas.

RUBÉN COTO

CRÓNICAS SOCIALES

El triunfo del Ideal

En estas noches las frías inquietudes del viento distienden en nuestro misterioso interior el ansia de pensar. Ese frío que no hiela, que simplemente se complace en cosquillearnos, en conmover el admirable mecanismo de nuestros nervios, es halagador, picaresco é insinuante á los ojos del pensamiento. Antes de pensar en aquellos á quienes sí hieren las ráfagas húmedas, contemplamos con avidez cómo por grados avanza en nuestra mente la fruición de sentirnos despejados, sin fatigas, sin cansancios.

De verdad no sé cómo no vencemos la atracción del rincón que acoge nuestras congojas cuando el brujulear de las gentes en las vías, con sensaciones ora de pavor, ya de asco y en veces de tristeza, nos empuja hacia la soledad, hacia el silencio—que es grande en estas horas el deseo de salir de la ciu-

dad en pausada caminata y arrumbar por una de las carreteras que de ella arrancan, con dirección á una de esas cimas en que la mirada abarca toda la amplitud del cielo luminoso y se adivina, entre el claroscuro de la lejanía, la silueta de las montañas. Oh! noches de dulce placidez, noches de fiesta para el pensamiento.

En una noche de estas, lejana ya, muy lejana, dieron mis ojos con un artículo de periódico que ávidamente leí; un artículo muy enérgico, valiente, bravo, que delineaba con hermosa precisión, robustos como gladiadores, ideales que entonces sólo de nombre, y como cosas que la curiosidad amontona, conocía, por más que en muchos de ellos he encontrado después honda afinidad con las tendencias iniciales de mi espíritu,—ideales que después he comprendido bastante y amado mucho.

Mis miradas, á partir de aquella vez, buscaron con afectuoso afán las huellas de su autor y con frecuencia se deleitaron recorriendo los primorosos vergeles de sus versos y presenciando los desfiles altaneros y tonantes de sus prosas. A unos y á otras les sonreía; les brindaba entre la fragancia de la sonrisa sincera, la fervorosa fe de mis entusiasmos, las promesas ardientes de mi adhesión, mi firme intento de llegar alguna vez á laborar en los mismos exuberantes predios que unos y otras clareaban con diáfanos tenuidades de aurora. Desde aquel día mis manos guardaron con amoroso afecto las páginas que aureoló su pluma libre, de esplendente altivez; parecíanme ser hostias de la irreligión futura, acordes de la marsellesa social. Estudié con decisión el camino que sus frases señalaban como el destino mejor del humano esfuerzo.... Llegué á sentir por el artista rebelde vivo cariño, apasionado á ratos. ¿A qué decir cuánto me fueron saludables las enseñanzas que me dictó la lectura de aquella noche como éstas frías y así de gratas al pensamiento? ¡Cómo influyeron en mí sus intensas evocaciones de la humana redención?

Hoy el hombre es otro, otro hombre, ó un ex-hombre tal vez. El clarovidente luchador, es un mercenario apóstol de guardarropía, un «mal pastor», un caudillejo pintarrajeado como los personajes de pantomima. Sus ademanes, en que se confunden el titiritero de la política, intrigante y adulator, con el bufón cortésano, que á todos miserablemente hace reír, han anulado aquella noble fraternidad del

poeta y filósofo, y obtenido que el espíritu que antes amara, vacile hoy entre la compasión y el odio.

El libertario ha vuelto lanzas cínicamente contra su obra generosa de antaño, contra la que nutrieron sus primeros ardores.

Es nada más que un sainetista aquel que yo imaginara un apóstol. Pensaba en la humana redención, quien no fué capaz de redimir su propia conciencia de la falsía. ¡Pérfido hoplita del ideal! Crimen espantoso ha cometido su degeneración, porque es espantoso crimen de conciencia desertar voluntariamente, placenteramente: deja tras sí no ya la estela que va en pos de la convicción triunfante, sino sangrientos rastros, siniestramente fulgurantes, que se prolongan hasta el fin de la vida y aun van más allá, no por los senderos de esotra imaginaria vida eternal, sino por los que han de transitar los inocentes corazones que el apóstol delincuente hiciera nacer.

Oh! noches frías, cuando ya el viento se adormila como fatigado entre las sombras y el pensamiento acalla su oración á la vida de virtud, quédase uno soñando que palpa el esqueleto frísimo de los apostolados: la conveniencia. Y el cuerpo se extremece y los labios contraídos por el amargor del desencanto se disponen á maldecir, entre tanto que serenamente desfila ante las miradas, por encima de los hombres y sus cosas, por encima de los hombres y sus apostasías, la visión majestuosa del Ideal.

OMAR DENGÓ

Como se verá, todo cuanto sale en esta revista tiene una firma que responde ante el público de las ideas emitidas. El Director no desea ejercer otra censura que aquella consistente en decidir si los trabajos caben ó no dentro del plan de nuestra publicación: Y ESTE SISTEMA DE AMELIA LIBERTAD, SÓLO PUEDE OBTENERSE FIRMANDO CADA AUTOR SUS OPINIONES PARA TENER EL DERECHO DE QUE LE SEAN RESPETADAS ABSOLUTAMENTE.



Elogios y censuras, piedras y flores, nos serán lanzadas desde los balcones de todos los criterios, y no recogeremos ni unos ni otros, pues no hemos venido á discutir nuestros méritos que sólo nuestra conciencia sabe juzgar con acierto. Necesitamos nuestro tiempo y nuestra energía para ir con ellos á la conquista del Ideal. — LA DIRECCIÓN.